

CAPITULO V.

Lucha entre el paganismo y el cristianismo. Triunfo del cristianismo.

Quando solo se considera la sociedad romana en sí misma, el corazón se parte de dolor á la vista de todos los crímenes y afrentas que nos revela la historia de este imperio moribundo. No hay en él mas que miseria y corrupcion, y está cubierto de llagas repugnantes que manifiestan un malestar universal. Los ejércitos no tienen disciplina ni vigor, el pueblo no se complace sino en los juegos y festines, las provincias dan un grito de angustia, y en todas partes la libertad muere bajo el yugo de un brutal despotismo. Las ciencias y las letras, que antes eran el adorno de la ciudad reina de las naciones, no son ya cultivadas bajo su dominacion sino por almas mercenarias, infamadas por el influjo de la servidumbre. Por fortuna á la sombra de esta sociedad degradada se levanta otra llena de brillo, de juventud y de esperanzas, y esta es la sociedad cristiana. Hija del cielo, no cuenta en la tierra con proteccion alguna. Los poderosos la persiguen, y unos hombres ignorantes y mendigos son los que la predicán. Pretende reinar sobre el mundo en nombre de un Dios muerto en una cruz de madera, y esa locura tratada con desden por la sabiduría humana triunfa de todos los obstáculos. Las persecuciones sangrientas multiplican los creyentes en vez de destruirlos: los apóstoles ignorantes convierten á los sabios del siglo, y muy pronto no hay ya otra luz en el mundo que la de la Iglesia fundada á expensas de la sangre del Hombre-Dios.

§ I. Decadencia de la sociedad romana.

Para probar la decadencia y la ruina del mundo antiguo, basta echar una rápida ojeada sobre el estado de los ejércitos, de las provincias, del pueblo y del senado; porque bajo todos aspectos no encontramos ya nada en la Roma de Diocleciano que recuerde los bellos tiempos de la antigua república.

Del ejército. Este pueblo romano, que en otro tiempo habia sido esencialmente guerrero, no ha conservado ninguno de sus gustos ni rostumbres militares. Para reclutar el ejército, era preciso recurrir á los extranjeros. Desde el tiempo de Marco Aurelio los soldados auxi-

liares eran mucho mas numerosos que los legionarios, y estos salian casi todos de la clase de los colonos. La guerra no era ya para estos hombres sin patria un deber sagrado, sino una simple profesion, un oficio como otros muchos. No dándoles cuidado alguno el imperio, aborrecian á los príncipes que querian restablecer la antigua disciplina, y hemos visto á muchos de ellos ser victimas de su celo. Como constituian en este periodo toda la fuerza de los que reinaban, los mejores príncipes se creyeron obligados á comprar su decision y fidelidad, favoreciendo su cobardía y molicie. Aureliano, el severo Aureliano, les dió broches de oro y vestidos magníficos. Domiciano aumentó su sueldo con una cuarta parte mas de lo que tenian; y aunque no nos es posible fijar de una manera positiva la paga del soldado en tiempo de los emperadores que le sucedieron, no obstante algunos cálculos aproximativos prueban que aquella paga recibió un aumento considerable. Sin embargo estas recompensas no estimulaban á ciudadanos para que sirviesen á la patria. Los reemplazos se elevaron á un precio muy subido, y todos se esforzaban para comprar sustitutos. Así es que al fin solo habia bárbaros en los ejércitos romanos.

Del pueblo. ¿Cómo se hubieran podido encontrar guerreros en este pueblo degenerado que llenaba á Roma y á las grandes ciudades de Italia? Con motivo de las ideas acreditadas por el sensualismo pagano, la multitud despreciaba el trabajo y la industria como obras de esclavos, y para ella toda la vida habia de pasarse en juegos y festines. *Panem et circenses*, exclamaban los ciudadanos hambrientos de goces y placeres. Para ellos el mejor emperador era el que les daba magníficos espectáculos, grandes combates de gladiadores, naumaquias, cazas y corridas de carros. La imaginacion no puede representarse los inmensos gastos hechos para divertir al *pueblo-rey*. Para evitar las sediciones, los emperadores se aplicaban á darle todo lo necesario; y cuando podian aumentar sus provisiones se vanagloriaban de ello como de una gran victoria. « Entre los servicios que hemos hecho á la república, nada es mas glorioso para mí, dice Aureliano, que el haber añadido una onza á toda especie de provisiones urbanas. Para que esto sea perpetuo, he añadido á los convoyes de Egipto los *naviculares* del Nilo y del Tiber; he construido los muelles del Tiber, he excavado su lecho; he establecido votos á los dioses y á la *perpetuidad*; he exaltado la Ceres benéfica. Ahora es preciso trabajar para que mis disposiciones tengan efecto; porque nada puede ser mas agradable que ver al pueblo romano bien alimentado. »

De las provincias. No se cuidaba tanto al pueblo de las provincias. Sin embargo, como lo hemos hecho observar en el establecimiento del

imperio había mejorado considerablemente su posición. Los Antoninos principalmente se ocuparon de todas las partes del imperio con un celo y una solicitud admirables. A pesar de todos estos cuidados, pronto se manifestaron graves abusos. Teniendo los gobernadores de cada provincia una jurisdicción demasiado extensa, no podían hacer frente á todos los negocios. Cambiándolos también algunas veces con demasiada frecuencia, se les ponía en la imposibilidad de administrar sus departamentos con la misma prudencia, porque no conocían bastante sus necesidades. Los impuestos estaban repartidos con tan poco discernimiento, que los contribuyentes no podían soportar sus cargas, y había que perdonarles sus deudas por muchos años. En el Oriente la miseria había des poblado casi todas las provincias, hasta tal punto que en toda la Grecia, según Plutarco, no se hubieran podido encontrar tres mil guerreros, es decir, tantos como la ciudad de Megara armó por sí sola en otro tiempo.

Diocleciano estableció viceprefectos, multiplicó los gobernadores y empleados subalternos, y puso orden y regularidad en la percepción de las contribuciones. Esta medida, que quitaba muchísimos inconvenientes, creó otros que más tarde fueron detestables. Las provincias fueron sacrificadas por aquella multitud de administradores asalariados. « En todas partes, dice Lactancio, no había más que recaudadores, vicarios y comandantes: los que recibían eran mucho más numerosos que los que daban, de tal modo que, por la enormidad de las prohibiciones, los colonos extenuados abandonaban sus campos, y los campos cultivados se convertían en selvas. » Esta fue una de las mayores plagas del mundo imperial, como nos lo muestra Salviano haciendo la pintura de la sociedad romana en la época de las invasiones.

Del senado. La gran desgracia de esta sociedad era carecer absolutamente de libertad. Desde Augusto hasta Diocleciano hemos visto apagarse ese fuego sagrado, y con él se acabó la vida, la fuerza y el movimiento. En este último período el soplo de las ideas orientales desecó lo que aun quedaba de lozanía en lo interior de las almas. Sin embargo el senado sobrevivía siempre, al menos como un recuerdo imponente y solemne. Algunas veces salía de su letargo para protestar contra las crueldades embrutecidas del despotismo. Pero Diocleciano le aniquiló del todo. De aquí en adelante el consejo imperial reemplazará al gran consejo de la nación, y el título de senador no será ya sino una distinción honorífica. La persona del emperador, hé ahí el poder de que todo depende. Hemos dicho hasta dónde quiso Diocleciano que los Romanos degradados llevasen el culto del absolutismo. Se hacía adorar como un dios, y exigía que se hiciese el mismo honor á sus colegas.

Por lo demás, era esta la única religión que sobrevivió al imperio porque el paganismo perdía terreno sin cesar, como se puede ver por los progresos del cristianismo.

§ II. Progreso del cristianismo. De las persecuciones.

Extension del cristianismo. La doctrina evangélica que, como hemos dicho, fue predicada en todo el mundo desde el tiempo de los apóstoles, hacia cada día nuevos prosélitos. La carta del procónsul Plinio al emperador Trajano prueba que había un número inmenso de cristianos no solo en las ciudades, sino también en los pueblos y casas de campo de la Bitinia. Luciano habla de un falso profeta que se quejaba de que en el Ponto no se encontraban sino cristianos ó ateos, y se podrían recoger iguales testimonios sobre el Africa, el Egipto y todas las provincias del Oriente.

Antiguas tradiciones muy ciertas conservadas en Occidente atribuyen á los discípulos del apóstol san Pedro la fundación de la mayor parte de las grandes iglesias de Italia, y la fe hizo en Roma progresos tan rápidos que en tiempo de Diocleciano se contaban ya cuarenta iglesias. Los orígenes de las iglesias de Africa son menos conocidos, pero los escritos de Tertuliano y de san Cipriano nos enseñan que en el segundo y tercer siglo había ya en ellas un clero numeroso y una multitud de fieles muy fervientes. La España vió á sus obispos reunirse en concilio desde el siglo tercero, y la Gália cuenta sus mártires á millares bajo el reinado de Marco Aurelio. Es imposible apreciar con documentos positivos el número de los cristianos en esta época; pero no se puede dudar que fue muy considerable, puesto que Tertuliano escribía al mundo entero estas bellas palabras: « Nosotros somos de ayer, y llenamos todo lo que os pertenece, vuestras ciudades, islas, pueblos y fortalezas, los municipios, las asambleas del pueblo, los campos, las corporaciones, la corte imperial, y aun el senado y el Foro; solamente os dejamos los templos. Podemos contar vuestros ejércitos; pero los cristianos de una sola provincia son más numerosos. Si qui-

siéramos vengarnos, ¿ qué guerra no podríamos sostener ? Y si quisiésemos solamente separarnos de vosotros y retirarnos á cualquier pais lejano. la pérdida de tantos ciudadanos destruiria vuestro poder. »

De las persecuciones. El cristianismo, sin embargo, habia tenido grandes obstáculos que vencer. Le era preciso desarraigar en el pueblo una infinidad de preocupaciones de educacion y de nacimiento, y obligarle á abandonar sus depravadas costumbres tan caras á sus pasiones, para abrazar una religion que al principio hacia pasar á los que la abrazaban por ateos y malos ciudadanos que habian de ser entregados á la vara del verdugo. Porque tal fue la idea que el Estado tuvo desde luego de los cristianos, y tal el motivo que impelió á los emperadores para armarse contra ellos de la fuerza material. Ellos estaban constantemente bajo los golpes de la ley, y puede decirse que su sangre no cesó de correr en todo el imperio. No obstante en aquellos siglos de sufrimientos, se distinguen diez grandes persecuciones ó diez épocas durante las cuales se les persiguió con un aumento de furor.

La primera persecucion tuvo lugar en tiempo de Neron. Hizo padecer terribles suplicios á los cristianos de Roma, y él fue quien condenó á muerte á san Pedro y san Pablo. Domiciano ordenó la segunda, porque los cristianos se negaban á contribuir para los gastos de un templo que habia erigido á Júpiter Capitolino. Su palacio fue cubierto con la sangre de Flavio Clemente y de Domitila, sus parientes. Trajano, á pesar de su dulzura, fue el autor de la tercera persecucion, que es particularmente célebre por el martirio de san Ignacio de Antioquia. Los Antoninos, á quienes algunos historiadores llaman los mejores de los príncipes y los mejores de los hombres, fueron terribles para los cristianos. Adriano renovó los edictos de sangre de sus predecesores, y Marco Aurelio le imitó. Durante la persecucion del filósofo coronado, que fue la quinta, Lyon y las Gálias fueron testigos de las escenas mas horrosas. Diez y ocho mil mártires fueron degollados. El milagro de la legion fulminante, que obtuvo del cielo agua abundante para las legiones romanas próximas á perecer de

sed en Germania, enterneció el corazon de Marco Aurelio é hizo cesar la persecucion.

El feroz Cómodo y sus sucesores dejaron tranquilos por algun tiempo á los cristianos, pero Septimio Severo publicó contra ellos el sexto edicto. Alejandro Severo favoreció á los discípulos de Jesucristo, siguiendo los ilustrados consejos de su madre, que era cristiana. Mas la reaccion fue terrible en tiempo del bárbaro Maximino y de Decio. En esta última persecucion, los verdugos emplearon una crueldad esmerada. Los cristianos estaban vigilados tan de cerca, que por espacio de diez y seis meses el clero de Roma no pudo dar un sucesor al papa Félix que habia sido condenado á muerte. Valeriano comenzó la novena persecucion hácia el fin de su reinado. Entre sus víctimas mas ilustres se distinguen los papas Estéban y Sixto, san Cipriano y el diácono san Lorenzo. En fin, la décima y última persecucion fue la de Diocleciano y de Galerio. Todos los Augustos y los Césares, excepto Constantio y Constantino, se complacieron por espacio de diez años en derramar la sangre de los cristianos. « Encarcelaban á los sacerdotes, dice Lactancio, y á todos los ministros de la religion; despues, sin oírlos, y aun sin interrogarles, los llevaban á la muerte. Los cristianos, sin distincion de edad ni sexo, eran condenados á las llamas; y como eran numerosos, no les entregaban ya aisladamente al suplicio, sino que se les amontonaba sobre las hogueras. Los esclavos eran arrojados al mar con piedras al cuello; la persecucion no perdonaba á nadie. »

De los apologistas. Los cristianos no contaban, para defenderse, mas que con su resignacion y paciencia. Sin embargo, algunos de ellos que habian cultivado las letras humanas, hicieron uso de su elocuencia para rechazar todas las calumnias de que les acusaban los paganos, y para mostrar á los emperadores la injusticia de sus persecuciones. La primera apología en favor del cristianismo fue presentada al emperador Adriano por el obispo Quadrato y por el filósofo Aristides. Melitenó de Sardos y Apolinario de Gerápolis presentaron otras á Marco Aurelio. Estos monumentos preciosos se han

perdido por desgracia, mas los acontecimientos prueban que estas diligencias no fueron infructuosas. Si Adriano y Marco Aurelio no pusieron fin del todo á sus persecuciones, al menos las amortiguaron.

Todavía poseemos las dos apologías del filósofo Justino, una dirigida á Adriano y otra á Vero y á Lucio, la del filósofo Atenágoras á Marco Aurelio y á L. Vero; y en fin la admirable apologética de Tertuliano que fue dirigida á los magistrados de Cartago, segun Dupin y Tillemont, y probablemente publicada en 199. Esta obra de Tertuliano es acaso el mas bello monumento de la elocuencia cristiana.

Estas apologías estaban escritas para los paganos. Lo que animaba á los cristianos en medio de sus pruebas, es que veían que Dios les protegía sensiblemente, ya por medio de los prodigios que hacia en favor de los mártires, ya por medio de los castigos que hacia caer sobre sus perseguidores. Porque ellos observaban que todos los que les habian atormentado mas cruelmente morian de una manera trágica. El mismo Lactancio escribió un tratado *De morte persecutorum*, para fijar la atención general sobre este punto, y excitar á los mismos paganos á pensar en él.

§ III. Luchas de las doctrinas. Triunfo de la doctrina cristiana.

De las doctrinas filosóficas. El paganismo espirante no luchó solamente contra el cristianismo por medio del acero. Ledió un combate mas peligroso y temible por medio de las doctrinas. La filosofía, que no habia podido fundar nada con el genio de los Pitágoras, de los Sócrates, de los Platones y de los Aristóteles, hizo el último esfuerzo para no merecer la tacha de impotencia. Todas las doctrinas de las antiguas escuelas fueron continuadas de nuevo con calor y explotadas por hombres de gran talento. Hubo neopitagóricos y neoplatónicos de raro mérito. Algunos de estos filósofos, como Plotino, trataron de conciliar los sistemas que habian parecido contradictorios hasta entonces, y de hacer una fusión que diese por resultado una teoría completa, capaz de satisfacer todas las necesidades del pensamiento. Escogieron pues en sus predecesores lo que les parecia mejor, é intentaron construir

con todos estos restos un conjunto armónico, que hubiera sido la última palabra de la ciencia. Su método los hizo llamar *eclecticos*.

Al mismo tiempo estos hombres eminentes en saber quisieron justificar al politeísmo de todos los absurdos que le echaban en cara los cristianos. Con este objeto principiaron á explicar científicamente las mitologías de Grecia y del Oriente, y emprendieron trasformar en una teoría racional todos aquellos sueños producidos por la imaginación de los pueblos. Esto era desfigurar la creencia popular y disfrazarla para que se elevase á una altura á que no podia alcanzar. Así es que todos estos trabajos fueron vanos y estériles. Solo sirvieron para poner mas de manifiesto la impotencia de la filosofía siempre que sale de los límites de la esfera en que la naturaleza la ha circunscrito. Esta nueva experiencia fue pues mucho mas favorable que perjudicial para la causa del cristianismo.

De las herejías. Por lo demas, los enemigos mas peligrosos de la Iglesia no estaban fuera de ella, sino en su mismo seno. Entre los que se habian convertido al cristianismo, no todos habian renunciado á sus antiguos errores. Así como hemos visto cristianos judaizantes conservar alguna cosa de los ritos del tiempo de Moisés, así tambien hubo paganos que querian retener alguna parte de los sistemas orientales. Pretendian conciliar todos estos desvaríos supersticiosos con las doctrinas cristianas, y formar de este modo un sincerísimo religioso mas ó menos extravagante. Sin pensar en entrar en el pormenor de todas estas teorías monstruosas, nos contentaremos con hacer observar los progresos del espíritu humano, conforme se extiende la luz del cristianismo.

Y así al principio los sectarios reproducen las doctrinas orientales casi íntegras. El cristianismo no hace sino ligeras modificaciones en sus ideas fantásticas. Es el panteísmo revestido de todas aquellas formas poéticas á que se prestaba el principio de las emanaciones. Valentin fue el principal representante de este sistema, y sus discípulos tomaron el nombre de *gnósticos*. Hacia el fin del siglo segundo observamos un gran cambio en la mayor parte de los herejes. Generalmente el panteísmo es reemplazado por el dualismo, esto es, que en lugar de admitir que todo es Dios, se reconocen dos principios, uno bueno y otro malo, y con la ayuda de estos dos principios se quiere dar cuenta del mundo presente. Marcion tomó esta doctrina de los Persas, y su escuela llegó á ser muy numerosa. Sin embargo, en los siglos tercero y cuarto no tardó en ser abandonada. Todo el mundo reconoció la existencia de un Dios único, criador de todas las cosas. El error de los herejes no se fijó ya sino sobre la esencia divina. No pudiendo com-

prender la trinidad, en el sentido de los cristianos, aquellos hombres, que apelaban de ello menos á la fe que á la razon, negaron la pluralidad de las personas en Dios, y cayeron en el error de los unitarios. Sabelio fue su gefe, y llamaron á esta doctrina el *sabelianismo*.

De los Padres de la Iglesia. Lo que habia mas que temer de todas estas sutilezas que no se podian comprender, era que alterasen la pureza de la enseñanza de la Iglesia. Pero la Providencia proveyó á ello suscitando hombres de genio que la defendieron con elocuencia contra todos sus enemigos. No poseemos hoy sino la mas pequeña parte de las obras que se publicaron; los documentos históricos de aquella época contienen los nombres de un gran número de escritores cuyos libros se han perdido. Sin embargo, considerando lo que nos queda, la literatura cristiana encierra abundantes riquezas.

Sin contar las apologías de san Justino, se dieron á luz en el segundo siglo los tratados de controversia de este mismo Padre contra los Judíos y los gentiles, los escritos de san Policarpo, de san Teófilo de Antioquía, de san Ireneo, de Tertuliano y de Clemente de Alejandría. El tercer siglo es todavía mas rico. Orígenes ha admirado á todos los sabios por la sublimidad y extension de sus conocimientos, despues Minucio Félix, san Cipriano, san Gregorio el Taumaturgo, san Dionisio de Alejandría y una infinidad de otros escritores de genio. En fin, el cuarto siglo, el siglo de Constantino, es la edad de oro de la literatura cristiana.

Debe observarse que el cristianismo se eleva á medida que el paganismo se debilita. En estos últimos tiempos, los emperadores trataron de dar brillo á la literatura pagana. Fundaron escuelas, y dieron á los profesores sueldos magníficos. A pesar de todos estos esfuerzos y recursos, esa literatura fue estéril, careció de energía, y en el siglo cuarte no se encuentra ninguna obra importante, ni hombre alguno célebre. El cristianismo, por el contrario, atacado por los poderes del siglo, y careciendo de todo recurso, cuenta en su seno un gran número de oradores y filósofos que levantan monumentos literarios para siempre admirables. Tan cierto es que lo bello no puede ser sino el esplendor de lo verdadero: *Pulchrum splendor veri*.

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA ROMANA.

TERCERA PARTE

DEL IMPERIO.

TERCER PERIODO.

Desde Constantino hasta la muerte de Teodosio (306-395).
Edad cristiana.

CAPITULO PRIMERO.

Constantino (1).

(306-337.)

Al advenimiento de Constantino se preparó una nueva era. El imperio obedeció á muchos dueños, pero entre todos estos aventureros se nota uno mas amable y humano que todos los demas, y fue Constantino, hijo de Constancio. Su padre le enseñó á respetar á los cristianos; y lo protegió mientras que sus colegas

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR. Zosimo: es hostil á los cristianos. Drosio, *Historiarum* lib. VII; Zonaras, *Anales*; obra preciosa para la vida de Constantino y de sus sucesores; Lactancio, *De morte persecutorum*; Eusebio, *Historia eclesiástica y vida de Constantino*, *Panegyricæ orationes veterum pratorum*, etc., son los panegíricos de los emperadores desde Diocleciano hasta Teodosio. Entre los modernos: ademas de las historias universales ya citadas: el P. Bernardo de Varenne, *Historia de Constantino el Grande*, es un panegírico; Le Beau, *Historia del Bajo Imperio*; Corentin-Royou, *Compendio en 4 vol. de la Historia del Bajo Imperio*; Naudet, *De los cambios efectuados en la constitucion del imperio*, etc.